COLECCION GRANDES CLASICOS

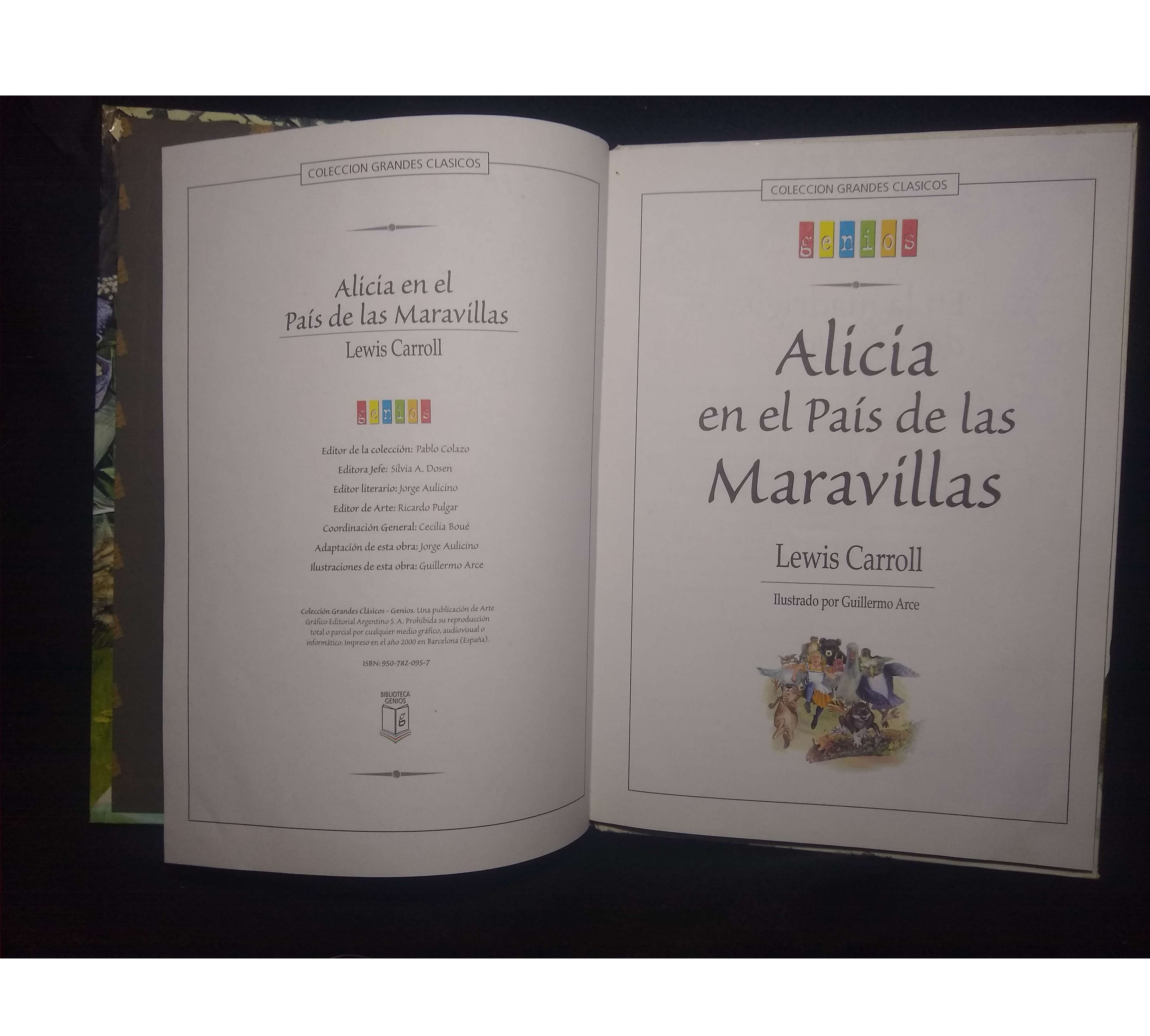
33

genios

Lewis Carroll

Ilustrado por Guillermo Arce

Alicia en el País de las Maravillas



COLECCION GRANDES CLASICOS

Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

genios

Editor de la colección: Pablo Colazo

Editora Jefe: Silvia A. Dosen

Editor literario: Jorge Aulicino

Editor de Arte: Ricardo Pulgar

Coordinación General: Cecilia Boué

Adaptación de esta obra: Jorge Aulicino

Ilustraciones de esta obra: Guillermo Arce

 Impreso en el año 2000 en Barcelona (España).

ISBN: 950-782-095-7

BIBLIOTECA GENIOS

COLECCION GRANDES CLASICOS

genios

Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

Ilustrado por Guillermo Arce

Lewis Carroll, Alicia en el País de las Maravillas

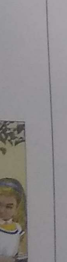
Capítulo 1

En la madriguera del Conejo

"Alicia se levantó de un salto, porque comprendió que ella nunca había visto un conejo con chaleco y reloj..."

Alicia empezaba a cansarse de estar sentada a la orilla del río; había echado una ojeada al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. ¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?

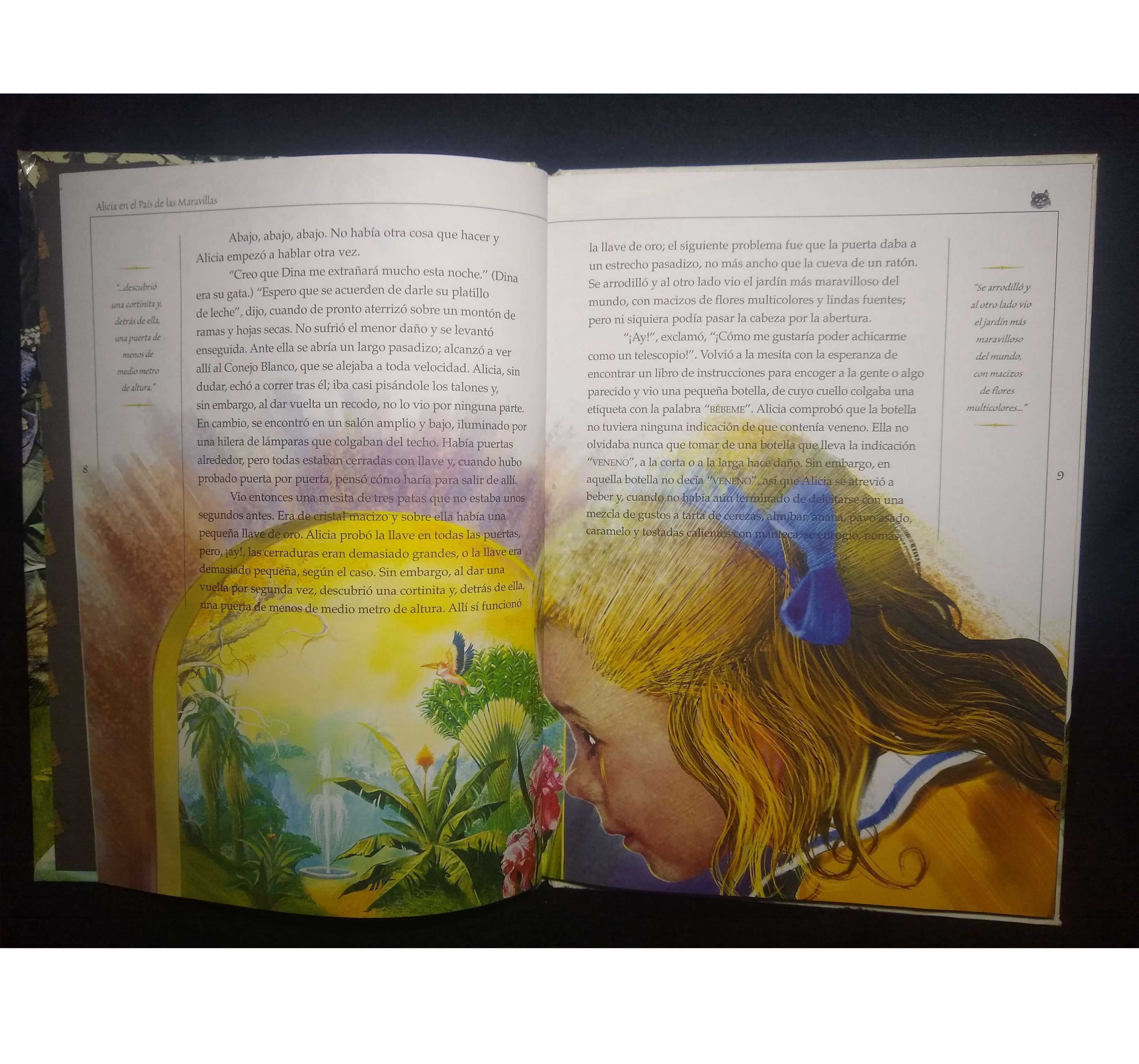
En eso estaba pensando (y pensar le costaba esfuerzo, porque el calor la había atontado un poco), cuando saltó cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados. No era nada extraordinario; tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!" (más tarde volvió a pensarlo, y decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderse). El Conejo sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr. Alicia se levantó de un salto, porque comprendió que ella nunca había visto un conejo con chaleco y reloj, corrió tras él y llegó a tiempo para ver cómo se metía en una madriguera, al pie de un cerco.



Alicia no atinó a detenerse y así fue como se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo. Era en verdad profundo o ella caía muy despacio, porque tuvo tiempo de sobra para mirar a su alrededor y preguntarse qué iría a suceder después. Las paredes del pozo estaban cubiertas de armarios y estantes para libros, mapas y cuadros.

"Me gustaría saber cuántos kilómetros he caído ya", dijo en voz alta. "Debo de estar bastante cerca del centro de la Tierra."





Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó a hablar otra vez.

"Creo que Dina me extrañará mucho esta noche." (Dina era su gata.) "Espero que se acuerden de darle su platillo de leche", dijo, cuando de pronto aterrizó sobre un montón de ramas y hojas secas. No sufrió el menor daño y se levantó enseguida. Ante ella se abría un largo pasadizo; alcanzó a ver allí al Conejo Blanco, que se alejaba a toda velocidad. Alicia, sin dudar, echó a correr tras él; iba casi pisándole los talones y, sin embargo, al dar vuelta un recodo, no lo vio por ninguna parte. En cambio, se encontró en un salón amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo. Había puertas alrededor, pero todas estaban cerradas con llave y, cuando hubo probado puerta por puerta, pensó cómo haría para salir de allí.

Vio entonces una mesita de tres patas que no estaba unos segundos antes. Era de cristal macizo y sobre ella había una pequeña llave de oro. Alicia probó la llave en todas las puertas, pero, ¡ay!, las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, según el caso. Sin embargo, al dar una vuelta por segunda vez, descubrió una cortinita y, detrás de ella, una puerta de menos de medio metro de altura. Allí sí funcionó

"...descubrió una cortinita y, detrás de ella, una puerta de menos de medio metro de altura."

la llave de oro; el siguiente problema fue que la puerta daba a un estrecho pasadizo, no más ancho que la cueva de un ratón. Se arrodilló y al otro lado vio el jardín más maravilloso del mundo, con macizos de flores multicolores y lindas fuentes; pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura.

"¡Ay!", exclamó, "¡Cómo me gustaría poder achicarme como un telescopio!". Volvió a la mesita con la esperanza de encontrar un libro de instrucciones para encoger a la gente o algo parecido y vio una pequeña botella, de cuyo cuello colgaba una etiqueta con la palabra "BÉBEME". Alicia comprobó que la botella no tuviera ninguna indicación de que contenía veneno. Ella no olvidaba nunca que tomar de una botella que lleva la indicación "VENENO", a la corta o a la larga hace daño. Sin embargo, en aquella botella no decía "VENENO", así que Alicia se atrevió a beber y, cuando no había aún terminado de deleitarse con una mezcla de gustos a tarta de cerezas, almíbar, ananá, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con manteca, se encogió, nomás

"Se arrodilló y al otro lado vio el jardín más maravilloso del mundo, con macizos de flores multicolores..."



"Miró alrededor y vio una cajita de cristal que había debajo de la mesa."

como un telescopio: ahora medía sólo veinticinco centímetros.

¡Ah, pobre Alicia! Al principio, se puso contenta porque podría pasar al maravilloso jardín, al otro lado de la pequeña puerta. Sin embargo, había olvidado la llave sobre la mesa. Cuando se dio cuenta de que no podría tomarla, se sentó en el suelo y se echó a llorar.

"¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera!", se dijo al rato. "¡Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo!" Alicia, por lo general, se daba muy buenos consejos a sí misma (aunque rara vez los seguía), y logró calmarse. Miró alrededor y vio una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un pastelito en el que se leía la palabra "CÓMEME", escrita con mermelada. Bueno; lo comió. Dio un mordisquín y se preguntó a sí misma: "¿Hacia dónde?", mientras se llevaba una mano a la cabeza para registrar en qué dirección se iniciaba el cambio. Quedó muy sorprendida al comprobar que seguía igual. En realidad, esto es lo que pasa normalmente cuando se da un mordisco a un pastel, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que estaba sucediendo fuera extraordinario, que le pareció aburrido. Así que comió el resto.

"Justo en este momento, su cabeza chocó con el techo de la sala: medía más de dos metros."

Capítulo 2

El charco de lágrimas

"¡Rarífero!", exclamó Alicia tan sorprendida que por un momento se olvidó hasta de hablar correctamente. "¡Me estoy estirando! ¡Adiós, pies! ¡Quién les pondrá ahora los zapatos y las medias!"

Justo en este momento, su cabeza chocó con el techo de la sala: medía más de dos metros. Tomó la llavecita de oro y corrió hacia la puerta del jardín. ¡Pero lo máximo que podía hacer era acostarse y mirar el jardín con un solo ojo!

Se sentó en el suelo y volvió a llorar. Lloró litros de lágrimas, hasta que se formó un verdadero lago a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad.

Apareció entonces el Conejo Blanco, elegantemente vestido, con un par de guantes blancos en una mano y un gran abanico en la otra.

"¡Oh! ¡La Duquesa, la Duquesa! ¡Cómo se pondrá si la hago esperar!", se lamentaba.

Alicia le pidió ayuda, pero el Conejo se pegó un susto tan grande, que dejó caer sus guantes y su abanico y escapó corriendo.

"¡Estoy tan cansada de estar sola aquí abajo!", se dijo Alicia. Y comenzó a pensar si en realidad ella era la chica a quien le estaban ocurriendo esas cosas, o tal vez alguna de sus amigas. Mientras se entretenía de esta manera, se fijó en sus manos y vio que, sin darse cuenta, se había puesto uno de los pequeños guantes blancos del Conejo.

"¿Cómo pude hacerlo?", se preguntó. "Seguramente me encogí otra vez."



Así había sido. Y, por suerte, se dio cuenta de que la causa era el abanico del Conejo. Lo soltó justo a tiempo para no desaparecer del todo.

"¡Y ahora al jardín!", exclamó.

Pero, ¡ay!, la puertita seguía cerrada y la llave estaba lejos, arriba de la mesa. La situación, en fin, se ponía imposible. Para colmo, resbaló ¡y cayó en su propio charco de lágrimas! Pronto comprendió que estaba en dificultades.

"¡Moriré ahogada en mis propias lágrimas!", se dijo.

Nadó un poco y vio que un animal se acercaba chapoteando. Al principio, lo confundió con una morsa, porque había olvidado que ahora era muy pequeña, pero luego se dio cuenta de que se trataba de un ratón que también había caído en el charco de lágrimas.

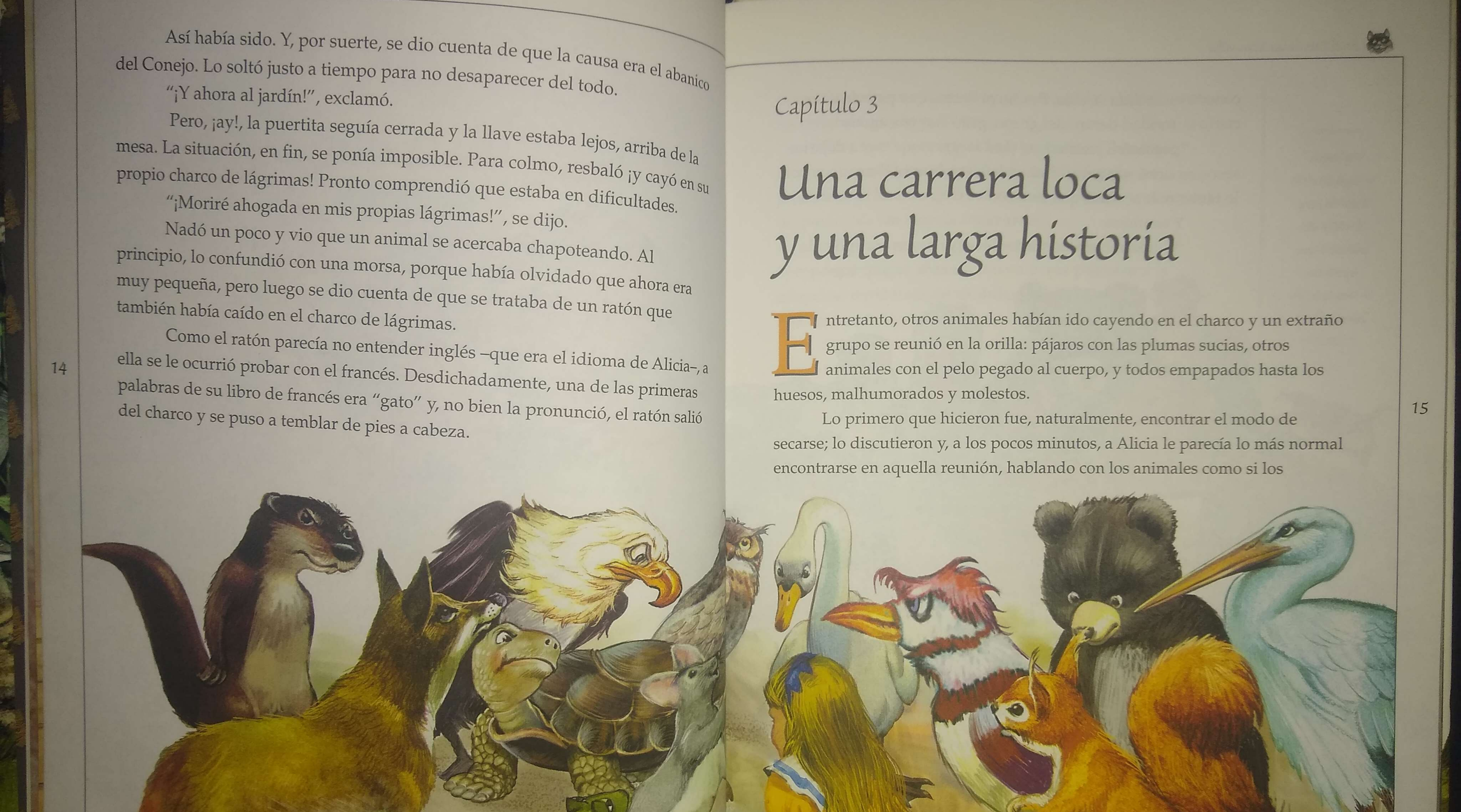
Como el ratón parecía no entender inglés –que era el idioma de Alicia–, a ella se le ocurrió probar con el francés. Desdichadamente, una de las primeras palabras de su libro de francés era "gato" y, no bien la pronunció, el ratón salió del charco y se puso a temblar de pies a cabeza.

Capítulo 3

Una carrera loca y una larga historia

Entretanto, otros animales habían ido cayendo en el charco y un extraño grupo se reunió en la orilla: pájaros con las plumas sucias, otros animales con el pelo pegado al cuerpo, y todos empapados hasta los huesos, malhumorados y molestos.

Lo primero que hicieron fue, naturalmente, encontrar el modo de secarse; lo discutieron y, a los pocos minutos, a Alicia le parecía lo más normal encontrarse en aquella reunión, hablando con los animales como si los



conociera de toda la vida. Por fin el Ratón, que parecía tener cierta autoridad dentro del grupo, gritó con voz aguda:

"¡Siéntense y escuchen! ¡Les aseguro que voy a dejarlos secos en unos segundos! Esta es la historia más aburrida y, por lo tanto, más secante, que conozco".

Y continuó:

"Guillermo el Conquistador, cuya causa era apoyada

"El Ratón siguió su historia, pero Alicia se dio cuenta de que seguía tan mojada como antes."



por el Papa, fue aceptado muy pronto por los ingleses, que necesitaban un jefe y...".

Esto bastó para que el Loro graznara, el Pato se incomodara, el Dodo hiciera preguntas y el Aguilucho protestara. El Ratón siguió su historia, pero Alicia se dio cuenta de que seguía tan mojada como antes.

"En este caso", dijo solemnemente el Dodo, "propongo que se abra un receso y que pasemos a la adopción inmediata de medidas más radicales... Haremos una carrera."

Y, dicho esto, trazó una pista en el suelo ("La forma no es lo que importa", explicó), y no hubo ni "preparados", ni "a sus marcas", ni "listos", ni "ya": todos corrieron de cualquier manera durante más de media hora, hasta que el Dodo anunció:

"¡Terminada la carrera!".

¡Ah! El problema fue entonces quién entregaba los premios. Y he ahí que designaron a Alicia que, por suerte, tenía una caja de confites en el bolsillo y convidó a todos.

Luego se reunieron de nuevo en círculo y rogaron al Ratón que contase una historia más. Este inició entonces una historia larga y sinuosa como su cola. Era severísimo el Ratón, y como vio distraída a Alicia, la reprendió duramente.

"Pido perdón", dijo Alicia, "creo que estaba usted hablando de un nudo..."

"No es así, mucho lo dudo", contestó el Ratón; se puso de pie y se marchó muy ofendido.

"Qué lástima que no se quede", dijo el Loro.

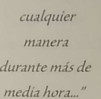
"Querida mía, que esto te sirva de lección", le dijo a Alicia una Cangreja.

Y una vieja Urraca acotó:

"Creo que el aire del mar le está haciendo muy mal a mi garganta. Tendré que irme".

Con una excusa u otra, todos los animales se fueron. Y Alicia quedó sola de nuevo.

"...trazó una pista en el suelo ...y... todos corrieron de cualquier manera durante más de media hora..."





"Llegó al pequeño dormitorio –muy ordenado– del Conejo..."

Capítulo 4

La casa del Conejo

Al rato oyó un trotecito y vio al Conejo Blanco que volvía, mirando ansiosamente a su alrededor.

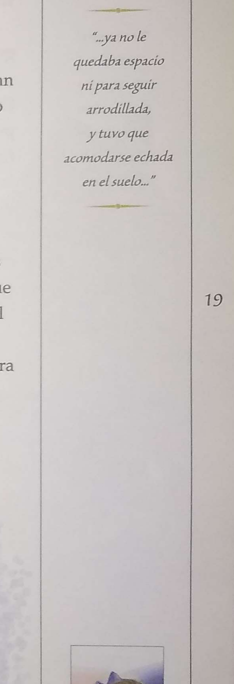
"¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Me hará ejecutar, tan seguro como que los grillos son grillos! ¿Dónde los he dejado caer? ¿Dónde? ¿Dónde?"

Alicia comprendió al instante que estaba buscando el abanico y los guantes blancos y, llena de buena voluntad, se puso también a buscar, pero no encontró ni rastro de ellos. En realidad, todo parecía haber cambiado. El salón, con la puertita y la mesa de cristal, había desaparecido.

El Conejo no se dio por enterado, pero no bien vio a Alicia, le ordenó que fuera rápidamente a su casa en busca de guantes y abanico. Alicia pensó que la habría confundido con su mucama, pues la había llamado Mary Ann. De todos modos obedeció y se vio de pronto ante una linda casa blanca en cuya puerta brillaba una placa de bronce con el nombre C. BLANCO. Alicia entró sin llamar y corrió escaleras arriba, con mucho miedo de toparse con la verdadera Mary Ann y de que la echaran de la casa antes de que hubiese encontrado los guantes y el abanico.

Llegó al pequeño dormitorio –muy ordenado– del Conejo y allí, junto a otro abanico y dos o tres pares de guantes, encontró una nueva botella con el letrero "BÉBEME".

"Estoy segura de que, si como o bebo, ocurrirá algo interesante", se dijo. Y volvió a beber. ¡Y volvió a crecer! Antes de que hubiera tomado la mitad del frasco, se encontró con que su cabeza tocaba el techo y debió doblarla para no romperse el cuello. Siguió creciendo, y muy pronto debió ponerse de rodillas. Un minuto más tarde, ya no le quedaba espacio ni para seguir arrodillada, y tuvo que acomodarse echada en el suelo, con un codo contra la puerta y el otro brazo alrededor del cuello. Como no paraba de crecer, debió sacar un brazo por la ventana y meter un pie por la chimenea. "Casi preferiría no haber seguido nunca al Conejo... Pero, sin embargo, ¡no se puede negar que este tipo de vida es interesante!", comentó Alicia, ya sin posibilidad de salir de la casa.



"...ya no le quedaba espacio ni para seguir arrodillada, y tuvo que acomodarse echada en el suelo..."

"Se encontró entonces con un grupo de animalitos que sostenían al pobre Bill, un lagarto..."

Y así siguió hablando un buen rato, hasta que oyó una voz afuera y dejó de discutir consigo misma, para escuchar:

"¡Mary Ann! ¡Mary Ann! ¡Trae inmediatamente mis guantes!".

Después Alicia oyó un ruidito de pasos por la escalera. Comprendió que era el Conejo que subía, llegaba hasta la puerta e intentaba abrirla; pero el codo de Alicia estaba fuertemente apoyado contra la puerta. El Conejo volvió a bajar la escalera y pronto Alicia oyó ruidos en torno a la ventana y sacó el brazo. Hubo ahora sonidos de cristales rotos. Pensó que el Conejo se había caído al invernadero o algo así. Después oyó su voz muy enojada: "¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde estás?".

Y otra voz, que Alicia no había oído hasta entonces, respondió:

"¡Aquí estoy, señor! ¡Cavando en busca de manzanas, con permiso del señor!".

"Ven aquí de inmediato y ayúdame a salir de esto."

Pasaron unos minutos y oyó el ruido de las ruedas de una carretilla y un coro de voces: "¿Dónde está la otra escalera?... A mí sólo me dijeron que traiga una, la otra la tendrá Bill... ¡Bill! ¡Trae la otra escalera... aquí, muchacho...! ¿Quién va a bajar por esa chimenea?... ¿Yo? ¡No! Baja tú... ¡Ni hablar! ¡Que sea Bill!... Ven aquí, Bill, sube... ¡Eso, muchacho!".

Alicia oyó enseguida los ruidos de un animalito que avanzaba y arañaba en la chimenea. Pegó una fuerte patada dentro del tubo y a continuación se elevó de nuevo el coro de afuera:

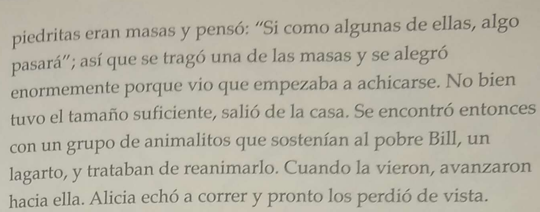
"¡Ahí va Bill!".

Y luego:

"¡Agárrenlo!... ¡Sosténganle la cabeza!... ¡A ver, un poco de bebida!... ¿Cómo fue, muchacho? ¿Qué sucedió?".

Luego hubo un silencio, cuchicheos y nuevas voces. ¡Los de afuera pensaban prender fuego a la casa! Alicia dio un grito y todos callaron. De pronto, entró por la ventana una lluvia de piedritas. "Eso bastará", dijo una voz. Alicia vio que las





piedritas eran masas y pensó: "Si como algunas de ellas, algo pasará"; así que se tragó una de las masas y se alegró enormemente porque vio que empezaba a achicarse. No bien tuvo el tamaño suficiente, salió de la casa. Se encontró entonces con un grupo de animalitos que sostenían al pobre Bill, un lagarto, y trataban de reanimarlo. Cuando la vieron, avanzaron hacia ella. Alicia echó a correr y pronto los perdió de vista.

"Recuperar mi tamaño normal y volver al lindo jardín, ese es el plan", se dijo.





Capítulo 5

Consejos de una oruga

A poca distancia, Alicia encontró un enorme hongo. Lo miró por debajo y por los costados y, al fin, decidió que bien podía mirar arriba. Se puso en puntas de pie y se encontró con los ojos de una oruga azul que fumaba un narguile sin prestarle atención a ella ni a ninguna otra cosa.

Se estuvieron mirando un rato en silencio; por fin, la Oruga se sacó la pipa de la boca y le dijo con voz soñolienta:

"¿Quién eres *tú*?".

Alicia contestó:

"Apenas sé, mi señora, lo que soy en este momento..."

"¿Qué quieres decir con eso? ¡Explícate!"

"Temo que no puedo explicar... me, mi... señora, porque para empezar no lo entiendo yo misma; eso de cambiar tantas veces en un solo día resulta bastante raro."

"No lo creo", replicó la Oruga.

"Bueno, quizás usted no haya sentido hasta ahora nada parecido, pero cuando se convierta en crisálida, y después en mariposa, supongo que todo le parecerá extraño, ¿no cree?"

"En absoluto."

"Quizá los sentimientos suyos sean distintos de los míos; a mí me parecería muy raro."

"¡A ti! ¿Quién eres *tú*?"

Con lo cual volvían al punto de partida. Alicia empezaba a sentirse molesta, de modo que le dijo con seriedad:

"Me parece que ***usted*** debería decirme primero quién es".

"¿Por qué?"

Era otra pregunta difícil y, como a Alicia no se le ocurrió ninguna respuesta convincente, dio media vuelta para marcharse.

"¡Vuelve!", llamó la Oruga. "¡Tengo

"Se puso en puntas de pie y se encontró con los ojos de una oruga azul..."

"Una gran paloma se arrojó entonces sobre su cabeza y la golpeó con las alas."

algo importante que decirte!"

"¿Qué?"

"No pierdas la paciencia."

"¿Eso es todo?"

"No."

Alicia decidió que sería mejor esperar, ya que no tenía otra cosa que hacer. Durante unos minutos la Oruga siguió fumando; después abrió los brazos y bajó de su trono.

"Un lado te hará crecer, y el otro lado hará que te achiques", dijo la Oruga mientras se alejaba.

"Un lado ¿de qué? El otro lado ¿de qué?", se preguntó Alicia.

"Del hongo", contestó la Oruga, como si hubiera escuchado la pregunta.

Alicia se quedó pensativa. ¿Cuáles eran los dos lados? El hongo era perfectamente redondo. Al fin, extendió los brazos y arrancó un pedacito con cada mano.

Dio un mordisquín al pedazo de la mano derecha para ver el efecto que producía y sintió que la mandíbula le había chocado con los pies. Probó el otro pedazo y de inmediato perdió de vista sus propios hombros: todo lo que podía ver, al mirar hacia abajo, era su larguísimo cuello, que parecía brotar como un tallo del mar de hojas verdes de los árboles. Una gran paloma se arrojó entonces sobre su cabeza y la golpeó con las alas. La había confundido con una serpiente que bajaba del cielo para comerse los huevos de su nido. A Alicia le llevó un rato convencerla de que no tenía esa intención ni era una serpiente.

De pronto, recordó que todavía tenía los pedazos de hongo y, mordisqueando primero uno y luego el otro, creciendo y encogiéndose, consiguió recuperar su estatura normal.

"¡He realizado la mitad de mi plan! El próximo objetivo es entrar en aquel hermoso jardín..."

Mientras pensaba, llegó a un claro del bosque, donde había una casita de poco más de un metro de altura.

"Sea quien sea el que vive allí, no puedo presentarme con este tamaño. ¡Se moriría del susto!", se dijo, y volvió a morder un pedazo de hongo.

"...llegó a un claro del bosque, donde había una casita de poco más de un metro de altura."



Capítulo 6

Cerdo y pimienta

"Abrió otro lacayo de librea, con cara redonda y grandes ojos de rana."

Se quedó mirando la casa sin decidirse a llamar a la puerta. De pronto, salió corriendo del bosque un lacayo con librea (a Alicia le pareció un lacayo porque usaba librea; de no ser así, ella habría dicho que era un pez) y golpeó enérgicamente la puerta con los nudillos. Abrió otro lacayo de librea, con cara redonda y grandes ojos de rana.

El lacayo-pez sacó, de abajo del brazo, una carta casi tan grande como él y se la entregó al otro lacayo, mientras decía en tono solemne:

"Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al croquet".

El lacayo-rana repitió, cambiando un poco el orden de las palabras:

"De la Reina. Una invitación para la Duquesa para jugar al croquet".

Después los dos hicieron una profunda reverencia, y los empolvados rizos de sus pelucas se enredaron.

El lacayo-pez se fue y el otro se sentó en el suelo junto a la casa, mirando el cielo.



Alicia se acercó tímidamente y llamó a la puerta.

"No sirve de nada llamar", dijo el lacayo; "y esto, por dos razones. Primero, porque yo estoy en el mismo lado de la puerta que tú; segundo, porque adentro hay tal ruido, que es imposible que te oigan."

"Dígame entonces qué tengo que hacer para entrar."

"Llamar a la puerta serviría de algo si tuviéramos la puerta entre nosotros dos."

Miraba siempre el cielo mientras hablaba, y esto le pareció a Alicia de muy mala educación. "Pero a lo mejor no puede evitarlo", pensó, "¡Tiene los ojos tan arriba!"

"¿Qué tengo que hacer para entrar?", insistió la niña.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió, y un gran plato salió zumbando por los aires.

"Pero ¿necesitas realmente entrar?", dijo el lacayo.

Era una buena pregunta, aunque molesta. ¡Qué manera de razonar tenían todas esas criaturas! Abrió y entró en la casa. La puerta daba a una cocina llena de humo. En el centro estaba sentada la Duquesa, con un bebé en los brazos. La cocinera se inclinaba sobre el fogón y revolvía una enorme olla. Tal vez había más pimienta en el aire que en la olla.



"«¿Por favor, podría decirme por qué sonríe su gato?», preguntó Alicia."

La Duquesa estornudaba de vez en cuando, y el bebé estornudaba y gritaba. Alicia estornudó. El único que no estornudaba en esa cocina era un gran gato que estaba cerca del fuego, con una sonrisa de oreja a oreja.

"¿Por favor, podría decirme por qué sonríe su gato?", preguntó Alicia.

"Es un gato de Cheshire", dijo la Duquesa, y agregó, dirigiéndose al bebé: "¡Cerdo!".

"No sabía que los gatos de Cheshire sonríen. En realidad, ni siquiera sabía que los gatos pueden sonreír."

"Todos pueden", dijo la Duquesa, "y muchos lo hacen. Lo que ocurre es que tú no sabes nada."

La cocinera apartó la olla del fuego y comenzó a lanzar todo tipo de cosas contra la Duquesa y el bebé: primero, los hierros del hogar; después, cacharros, platos y fuentes. La Duquesa mecía al niño, mientras le cantaba una especie de arrorró y al final de cada verso le daba una fuerte sacudida:

Sacude y pégale al hijito
si se pone a estornudar,
porque lo hace el niñito
sólo para fastidiar.

Cuando comenzó la segunda estrofa, lanzó al niño por el aire, lo recogió y se lo pasó a Alicia.

"Acúnalo", le dijo, "que tengo que arreglarme para jugar al croquet con la Reina."

Y la Duquesa salió mientras la cocinera le tiraba una sartén que no dio en el blanco.

Alicia tomó al niño y vio que se movía de tal forma que parecía una estrella de mar. No tuvo otro modo de sujetarlo que atarle la oreja izquierda con el pie derecho. Lo sacó de allí pensando: "Si no me lo llevo, seguro que lo matan".

Pero en el camino el niño comenzó a gruñir y se convirtió en un cerdito, así que lo puso en el suelo y lo dejó marchar, ya que no tenía sentido llevar un cerdo en brazos.

Acababa de irse el cerdo, cuando vio al Gato de Cheshire sentado en la rama de un árbol, con su amable sonrisa, sus agudos dientes y sus uñas muy largas.

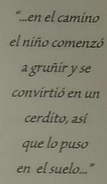
"Gatito de Cheshire", dijo, "¿podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí?"

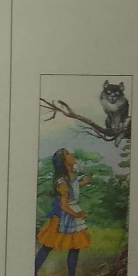
"Eso depende, en gran parte, del sitio al que quieras llegar", dijo el Gato.

"No importa mucho el sitio..."

"Entonces tampoco importa mucho el camino."

"... siempre que llegue a alguna parte", añadió Alicia.


"...en el camino el niño comenzó a gruñir y se convirtió en un cerdito, así que lo puso en el suelo..."



"¡Oh, llegarás a alguna parte si caminas lo suficiente! Pero en aquella dirección vive un sombrerero. Y en esta otra, una liebre de marzo. Los dos están locos." Y dicho esto, se desvaneció en el aire.

Alicia todavía miraba el lugar en el que había estado hacía un segundo, cuando el Gato reapareció de golpe.

"A propósito", dijo, "¿qué ha pasado con el bebé? Había olvidado preguntarlo."

"Se convirtió en un cerdito."

"Ya sabía que acabaría así", dijo el Gato, y se esfumó de nuevo.

Alicia esperó un poco, con la idea de que quizás apareciera otra vez, pero eso no sucedió, y entonces se puso en marcha hacia la casa de la Liebre de Marzo.

Mientras caminaba, miró hacia arriba, y allí estaba el Gato de nuevo, sentado en la rama de un árbol.

"¿Dijiste cerdito o cardito?", preguntó.

"Cerdito. ¡Y a ver si dejas de aparecer y desaparecer tan de golpe!"

"De acuerdo", dijo el Gato.

Y desapareció con mucho cuidado, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un rato allí, cuando el resto del Gato ya había desaparecido.

"Mientras caminaba, miró hacia arriba, y allí estaba el Gato de nuevo, sentado en la rama de un árbol."

Capítulo 7

Una merienda de locos

La mesa estaba puesta debajo de un árbol, delante de la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té. Sentado entre ellos había un lirón que dormía profundamente. Lo usaban de almohadón, apoyando los codos sobre él y hablando por encima de su cabeza. La mesa era extremadamente grande, pero los tres se apretujaban en uno de los extremos.

"¡No hay sitio, no hay sitio!", gritaron cuando vieron que se acercaba Alicia.

Alicia se sentó en un sillón, en el otro extremo.

"Necesitas un buen corte de pelo", dijo el Sombrerero.

"Debería aprender usted a no hacer observaciones tan personales",

"Sentado entre ellos había un lirón que dormía profundamente."



Sombrerero, "no hablarías así. Estoy peleado con él, ¿sabes?"

"¿Ah, sí?", preguntó Alicia.

"Sí. Sucedió durante el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones, en el que me tocó cantar. Apenas había terminado la primera estrofa, cuando la Reina gritó: «¡Vaya forma estúpida de matar el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!»."

"¡Qué barbaridad!", exclamó Alicia.

"Y desde ese día, el Tiempo cree que quise matarlo y no quiere hacer nada por mí. Ahora son siempre las seis de la

"«Ahora son siempre las seis de la tarde», completó el Sombrerero con una gran congoja."

tarde", completó el Sombrerero con una gran congoja.

Alicia comprendió entonces todo lo que allí ocurría.

"¿Por esa razón hay tantos servicios de té en la mesa?", preguntó.

"Sí, esa es la razón", dijo el Sombrerero con un suspiro. "Siempre es la hora del té, y no tenemos tiempo de lavar la vajilla."

"¿Y lo que hacen es ir dando la vuelta a la mesa, verdad?"

"Correcto."

"Pero, ¿qué pasa cuando llegan de nuevo al principio de la mesa?"

"¿Y si cambiáramos de conversación?", interrumpió la Liebre de Marzo con un bostezo. "Estoy harta de todo este asunto. Propongo que alguien cuente un cuento."

"¡Pues que lo haga el Lirón! ¡Despierta, Lirón!"

Y empezaron a darle pellizcos. El Lirón abrió lentamente los ojos.

"No estaba dormido", dijo con voz ronca.

"¡Cuéntanos un cuento!"

"¡Sí, por favor!", rogó Alicia.

"Había una vez tres hermanitas", empezó apresuradamente el Lirón, pues temía dormirse, "y se llamaban Elsie, Lacie y Tillie, y vivían en el fondo de un pozo..."

"¿Y de qué se alimentaban?", preguntó Alicia.

"De melaza", dijo el Lirón, después de reflexionar unos segundos.

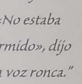
"Si solo comían melaza, se habrán enfermado", observó amablemente Alicia.

"Y así fue. Se pusieron de lo más enfermas."

"Toma un poco más de té", ofreció la Liebre de Marzo.

"Hasta ahora no he tomado nada, así que no puedo tomar más", dijo Alicia.

"Quieres decir que no puedes tomar *menos*", dijo el Sombrerero. "Si no tomaste nada, tomar *más* es muy fácil."



"El Lirón abrió lentamente los ojos. «No estaba dormido», dijo con voz ronca."

Alicia no supo qué contestar y optó por servirse un poco de té y pan con manteca. Después, se volvió hacia el Lirón y preguntó:

"¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?".

El Lirón pensó un minuto, y explicó:

"Era un pozo de melaza".

"¡No existe tal cosa!" exclamó Alicia.

El Sombrerero y la Liebre de Marzo la hicieron callar con chistidos, mientras el Lirón rezongaba indignado:

"Si no sabes comportarte con educación, mejor será que termines tú el cuento".

"No, por favor, ¡continúe!"

"Bien, nuestras tres hermanitas... estaban aprendiendo a dibujar, sacando..."

"¿Qué sacaban?"

"Melaza", contestó el Lirón, sin tomarse tiempo para pensar.

"Quiero una taza limpia", dijo el Sombrerero. Y todos se corrieron un lugar en la mesa. El Sombrerero era el único que salía ganando. Alicia quedó en el lugar de la Liebre de Marzo, que acababa de derramar la leche dentro de su plato.

Alicia no quería ofender otra vez al Lirón, así que empezó a hablar con mucha cautela:

"No logro entender de dónde sacaban la melaza".

"Uno puede sacar agua de un pozo de agua", dijo el Sombrerero, "¿por qué no va a poder sacar melaza de un pozo de melaza? ¡No seas estúpida!"

"Nuestras tres hermanitas estaban aprendiendo, pues, a dibujar", siguió el Lirón bostezando y frotándose los ojos, "y dibujaban todo... todo lo que empieza con la letra M..."

El Lirón cerró los ojos y empezó a cabecear. Pero, con los pellizcos del Sombrerero, se despertó de nuevo.

"...lo que empieza con la letra M, como *mundo*, *memoria* y *más-o-menos-lo-mismo*... ¿Viste alguna vez el dibujo de un más-o-menos-lo-mismo?"

"Ahora que me lo pregunta, yo no pienso..."

"¡Pues si no piensas, cállate!", dijo el Sombrerero.

Era la última grosería que Alicia estaba dispuesta a tolerar: se levantó muy disgustada y se alejó. El Lirón cayó dormido en el acto y Alicia alcanzó a ver que los otros dos intentaban meterlo dentro de la tetera.

Allí nomás, descubrió un árbol con una puerta en el tronco, y entró en él. De nuevo se encontró en el gran salón, con la mesita de cristal. "Esta vez haré las cosas mucho mejor", pensó. Y empezó por tomar la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Entonces mordió el pedazo de hongo que aún guardaba en el bolsillo y entró por el estrecho pasadizo, que llevaba al maravilloso jardín de flores multicolores y bellas fuentes.





Capítulo 8

Una partida de croquet

"La Reina entró acompañada de todo el resto del mazo de naipes y, por supuesto, del Rey."

Había un gran rosal cerca de la entrada, y tres jardineros con cuerpo de naipes –en rigor, se llamaban a sí mismos el Seis, el Cinco y el Dos– pintaban de rojo las rosas blancas.

Se habían equivocado de color al plantarlas, y ahora temían que la Reina los decapitara. Pronto sabría Alicia que la frase preferida de la Reina era *"¡Que le corten la cabeza!"*.

Los naipes se tiraron boca abajo cuando oyeron que venía el cortejo. La Reina entró acompañada de todo el resto del mazo de naipes y, por supuesto, del Rey. El Conejo Blanco formaba parte de la comitiva.

"¡Todos a sus puestos!", gritó la Reina con voz de trueno, y todos comenzaron a correr y a atropellarse. Sin embargo, unos segundos después estaban instalados y comenzó la partida de croquet.

La principal dificultad con que tuvo que enfrentarse Alicia –quien, por cierto, quedó sumada al juego– fue la de manejar un flamenco vivo como palo de croquet, y golpear a unos erizos vivos como si fueran pelotas. Su palo solía mirarla con tanto desconcierto, que a Alicia le daba risa. Y los erizos se estiraban y huían antes de que pudiera golpearlos.

Los jugadores jugaban todos al mismo tiempo, sin orden ni arreglo, tratando de enviar los erizos a los arcos, que eran unos naipes doblados. Cada tanto, la Reina estaba de nuevo furiosa y gritaba "¡Que le corten la cabeza!", refiriéndose a casi todos.

Alicia ya estaba más bien incómoda, cuando apareció ante ella, vagamente dibujada en el aire, la sonrisa del Gato de Cheshire. Enseguida estuvo allí toda la cabeza. El Gato juzgó suficiente, al parecer, que sólo se dibujara esa parte de su cuerpo; y nada más se vio.

"Los jugadores jugaban todos al mismo tiempo, sin orden ni arreglo..."

"¿Qué te parece la Reina?", se interesó el Gato.

"No me gusta nada...", respondió Alicia.

"El Grifo le presentó a la Tortuga de Imitación, que dormía en la playa."

La Reina y el Rey se acercaron con gran curiosidad a la cabeza recién llegada. El Rey concedió que el Gato podía besarle la mano, pero el Gato contestó:

"Preferiría no hacerlo".

Esto ocasionó la ira de los reyes. Desde luego, ordenaron que le cortaran la cabeza al Gato, empresa difícil, puesto que no había cuerpo del cual separarla. El propio verdugo dijo que jamás en su vida había afrontado una situación similar y se negó a cortar una cabeza privada de su debido cuerpo. No había forma de cortarle la cabeza al Gato, ni tampoco al verdugo, que no iba a cortársela a sí mismo. La situación parecía insoluble.

Fueron en busca de la Duquesa, que era la dueña del Gato; pero, mientras ella llegaba, el Gato comenzó a desvanecerse, según su costumbre. De todos modos, allí estaba la Duquesa, horrible como siempre, pero de excelente humor. Trató a Alicia con tanto cariño que se tornó insoportable, puesto que caminaba pegada a ella y le clavaba su aguzada mandíbula en el hombro.

"Sin duda, la pimienta es lo que causa la violencia en las personas", se dijo nuestra niña, "del mismo modo que el vinagre las vuelve agrias y el azúcar las hace dulces; por eso son tan dulces los pequeños, que todo el día reclaman y comen golosinas."

"¿Cómo va el juego?", preguntó la Duquesa.

"Ahora mejoró un poco", informó Alicia, solo para que no decayese la conversación.

"De lo cual se extrae una moraleja: el amor es lo que hace girar al mundo", aseguró la Duquesa.

"Usted no parecía tener esa opinión hace un momento, en su casa", contestó Alicia.

"Ah, bueno, todo es más o menos lo mismo. Y la moraleja es: sólo cuida el sentido, que los sonidos solos se cuidan."

"¡Cómo le gustan las moralejas!", pensó Alicia mientras el mentoncito de la Duquesa se le clavaba en el hombro.



Lo cierto es que aquella partida de croquet terminó con



todos los participantes condenados a muerte, excepto, claro, la Reina, el Rey, y, curiosamente, Alicia. La Reina abandonó el juego en medio del desorden general y propuso a Alicia llevarla a conocer a la Tortuga de Imitación. Con ella se hacía el caldo de tortuga de imitación. Para esto, Alicia debió conocer primero al Grifo (si no saben qué es un Grifo, seguramente verán un dibujito por aquí). El Grifo le presentó a la Tortuga de Imitación, que dormía en la playa. Con la voz llorosa, la Tortuga le contó de su esmerada educación en la escuela de tortugas, donde tenían no solo las materias reglamentarias, sino, además, materias extra, como Francés, Música y Lavado.

"¿Lavado?", dijo Alicia.

"Así es", dijo la Tortuga, muy orgullosa, "al final de la cuenta decía: Música, Francés, y Lavado extra".

Aquello terminó con que el Grifo y la Tortuga bailaron para ella "La Cuadrilla de las Langostas", pisándole los pies.



Capítulo 9

¿Quién se robó las tartas?

De pronto, una voz anunció: "¡Empieza el juicio!". El Grifo tomó a Alicia de una mano y la obligó a correr.

Cuando llegaron, el Rey y la Reina estaban sentados en sus tronos, rodeados de una multitud. Allí había una sota encadenada y el Rey tenía puestas la peluca de juez y la corona (no pregunten cómo había logrado colocarse ambas cosas sobre la cabeza). En una mesa, había unas tartas.

En el estrado del jurado, se habían acomodado doce criaturas. Una de ellas era el pobre lagarto Bill. Tenían pizarras y tizas y ya se habían puesto a escribir, aunque el juicio no había comenzado. Escribían sus nombres, para no olvidarlos.

Nuestro Conejo Blanco hizo su aparición, esta vez como heraldo del juicio. Hizo sonar una trompetita y entró el primer testigo, que no era otro que el Sombrerero Loco, con una taza de té en una mano y una tostada en la otra.



"¡Su testimonio!", gritó el Rey, mientras se acomodaba los anteojos.

El Sombrerero se puso pálido y se le salieron los zapatos cuando el Rey gritó: "¡Su testimonio, o lo hago decapitar!".

"Soy un pobre hombre", dijo el Sombrerero. "Yo nada sé, sólo que las rebanadas de pan venían cada vez más finas y mi té empezó a titilar hace una semana..."

"¿Qué quiere decir con titilar?", tronó el Rey.

"No lo sé, sólo sé que empieza con te".

"¿Me toma por idiota? ¡Ya sé que titilar empieza con te!"

"Soy un pobre hombre."

"Es un pobre orador", dijo el Rey.

Dos cobayos intentaron festejar estas palabras del Rey, pero fueron reprimidos. Esto consistió en que dos oficiales los metieron en unas bolsas y se sentaron sobre ellas. Así Alicia supo qué quería decir aquella expresión que a menudo había visto en las crónicas de los diarios acerca de los juicios: "Hubo amagos de aplausos, reprimidos de inmediato".

El juicio continuó sin que se pudiera probar la autoría del robo de las tartas por parte de la Sota. En tanto, Alicia sintió que comenzaba a crecer y a regresar a su tamaño normal. Debió alejarse de su vecino, el Lirón, pues ya lo estaba apretando con sus recuperadas dimensiones.

"¡Alicia!", llamó el Conejo Blanco.

Y a Alicia le tocó pasar a declarar. Al incorporarse, derribó el estrado de los jurados, así como una vez en su casa había volcado la pecera, y los doce animalitos rodaron sobre el público que se agolpaba más abajo. Alicia los puso a todos en su lugar, pero el pobre Bill quedó de cabeza, de modo que fue y lo dio vuelta.

"¿Qué sabe de este asunto?", le preguntó el Rey.

"Nada", dijo Alicia.

"¿Nada de nada?"

"Nada de nada."

"Esto es muy importante", dijo el Rey, volviéndose hacia el jurado. Sin embargo, el Conejo lo corrigió:

"Habrá querido decir poco importante".

"Sí... o no... Muy importante, poco importante, muy importante...", murmuró el Rey.

"El jurado y el juez, la Reina y la Corte, se pusieron a deliberar sobre aquellos versos y sacaron todo tipo de conclusiones..."

Y así, algunos miembros del jurado anotaron *"muy importante"* y otros *"poco importante"*.

"Decreto número cuarenta y dos", exclamó el Rey, "toda persona de más de dos kilómetros de alto será expulsada del tribunal."

"No mido dos kilómetros", dijo Alicia, "y, sea como sea, no me voy."

"Acaba de encontrarse un papel incriminatorio", dijo el Conejo.

"Yo no lo escribí", dijo la Sota, "no tiene mi firma."

"Si no lo firmó es porque se trataba de algo malo", dijo el Rey. "Eso se vuelve contra usted."

El Conejo desplegó el papel y lo leyó en voz alta. Eran unos versos que comenzaban así:

Me dijeron que fuiste a verla
y que a él le hablaste de mí;
ella elogió mi carácter
y yo a nadar no aprendí.

El jurado y el juez, la Reina y la Corte, se pusieron a deliberar sobre aquellos versos y sacaron todo tipo de conclusiones –*"admite que no sabe nadar"*, *"hay una alusión a la Reina"*, *"sin duda habla de las tartas"*– hasta que Alicia se cansó y dijo que todo aquello no tenía una pizca de sentido.

La Sota sacudió la cabeza tristemente:

"¿Tengo aspecto de saber nadar?".

"¡Que el jurado considere el veredicto!", ordenó el Rey.

"¡No! Primero la sentencia", dijo la Reina.

"¡Es absurdo! No puede haber sentencia antes que veredicto", dijo Alicia.

"¡Que le corten la cabeza!", gritó la Reina.

"¡A quién le importa lo que digan ustedes! ¡No son más que un mazo de cartas!", dijo Alicia.

Al oír esto, todos los naipes saltaron por el aire y se abalanzaron sobre ella en picada.



"Entonces Alicia dio un grito y se encontró acostada junto al río, con la cabeza apoyada en la falda de su hermana..."

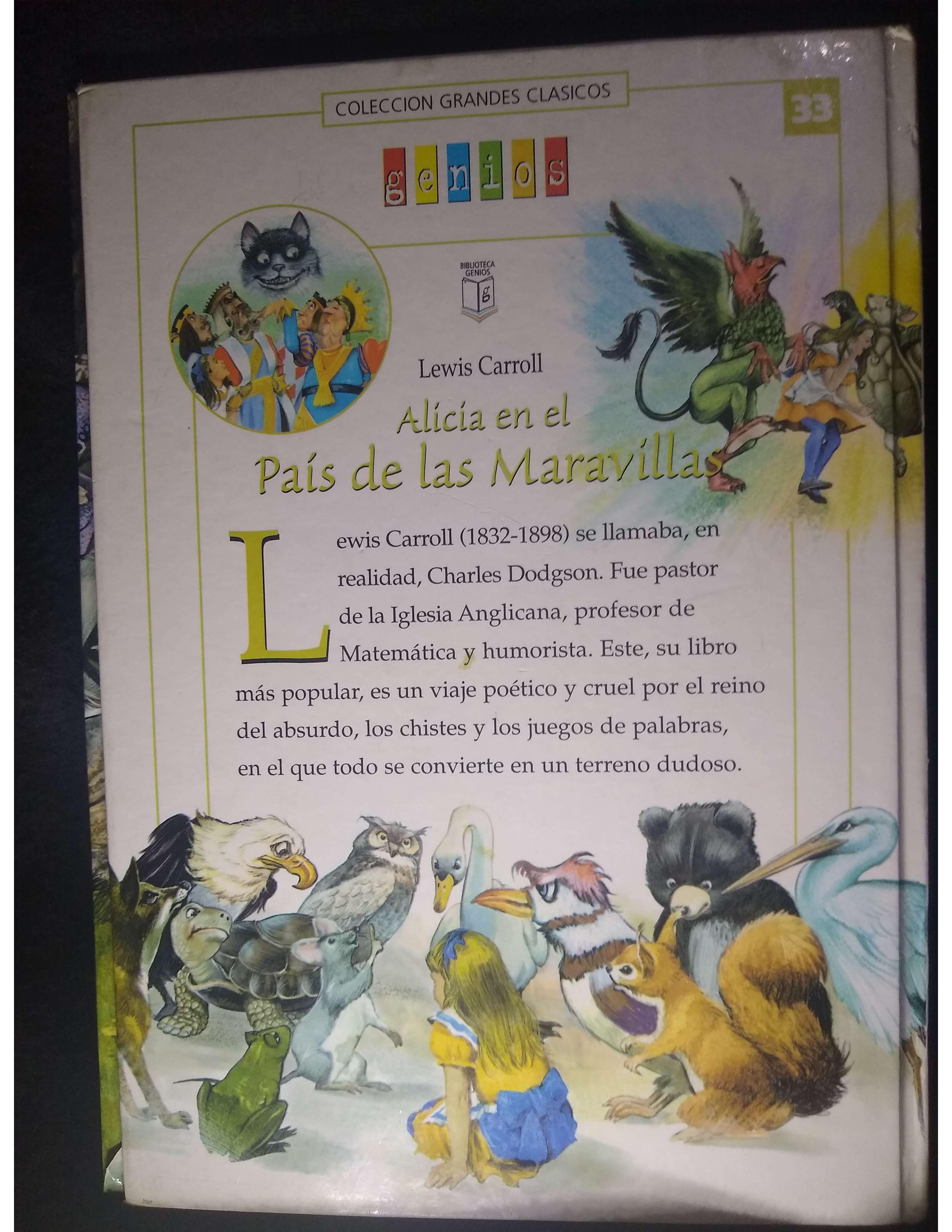
Entonces Alicia dio un grito y se encontró acostada junto al río, con la cabeza apoyada en la falda de su hermana, quien le apartaba de la cara las hojas secas que caían dando giros desde los árboles.

Alicia contó todo el sueño a su hermana. Y luego cerró los ojos y comprendió que bastaba con hacerlo para que el sonido de los cencerros de las vacas se convirtiera en el tintineo de las tazas en la eterna merienda del Sombrerero y la Liebre de Marzo; y la voz del pastor, en los gritos de la Reina; y todos los sonidos de la granja, en el estornudo del bebé marrano, el rugido del Grifo, los sollozos de la Tortuga de Imitación. Bastaba con cerrar los ojos para salir de la realidad de siempre: la hierba y el agua murmurando entre los juncos.

Alicia llevaría siempre ese sueño consigo, y se convertiría luego en una mujer grande, que contaría a los chicos su viaje al País de las Maravillas; una mujer que compartiría sus tristezas y sus ingenuos goces, recordando la infancia y los felices días del verano.

Fin





Lewis Carroll

Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll (1832-1898) se llamaba, en realidad, Charles Dodgson. Fue pastor de la Iglesia Anglicana, profesor de Matemática y humorista. Este, su libro más popular, es un viaje poético y cruel por el reino del absurdo, los chistes y los juegos de palabras, en el que todo se convierte en un terreno dudoso.